

Mejor que el vino, novela, por MANUEL
ROJAS. 1958. Edit. Zig-Zag.

Si *Mejor que el vino* no hubiera venido después de *Hijo de Ladrón*, seguramente la apreciaríamos más en su calidad de novela fuerte, intensa, en algunos de cuyos capítulos se exploran profundidades de la vida interna, no siempre llevadas a la creación novelesca. Pero debe aceptarse que en aquella otra novela, de hace pocos años (1951), el procedimiento de introspección a lo Proust o a lo Joyce había sido iniciado o descubierto por el autor, quien aplicó a él toda la curiosidad que estaba llamado a despertarle. Manuel Rojas ofrece *Mejor que el vino* como segunda parte de la trilogía novelesca comenzada con *Hijo de ladrón* y que debe hallar su culminación en un tercer volumen todavía no publicado, o no escrito. Es de suponer, en fin, que en esta tercera y última novela de la trilogía se empleará el mismo procedimiento de iluminación íntima que se sigue en las dos anteriores.

Sea de ello lo que fuere, cabe decir que *Mejor que el vino* es una novela biográfica, en el sentido de que se ha organizado no en torno a un *plot* o intriga, sino que sigue el hilo de una existencia individual. El personaje, Aniceto Hevia, es el mismo de *Hijo de ladrón*, que esta vez narra sus aventuras como apuntador de una compañía teatral, no sin que antes hubiese debido aventurar en otros oficios, como el de pintor de muros, por ejemplo. El mundo de la compañía dramática es, naturalmente, el más abigarrado y curioso, y allí encuentra el protagonista a Virginia, mujer que todo lo deja por él. Viven juntos algunos años, hasta que él descubre a María Luisa, con quien se casa y que le hace padre de tres hijos. Enviuda, y hasta el final del libro cuenta o evoca varias escaramuzas eróticas que sobrevienen en su vida como alivio de la viudez, si bien ninguna de ellas le satisface plenamente. La novela termina sin solución para los problemas psicológicos suscitados en sus capítulos.

Todos los esquemas que se hacen de las novelas y de los dramas, para contar lo que en ellos sucede, son, por esencia, superficiales, ya que deben omitir multitud de pormenores curiosos. Esta vez, acaso sea mayor la diferencia entre la cosa y su esquema. Lo que vale en *Mejor que el vino* es la forma de la presentación de los personajes, cómo entran y cómo salen, la espontaneidad de las evocaciones, la mezcla de lo soñado, de lo presentido y de lo visto, en tiradas que son a veces muy quietas, de ritmo perezoso, pero que otras veces se arremolinan y se tornan algo vertiginosas. Desde es-

te punto de vista, podría aventurarse que *Mejor que el vino* (así como antes, *Hijo de ladrón*) trata de copiar de la propia vida humana las alternativas de prisa y de reposo, más o menos como todas las novelas, en general, han copiado hasta hoy la risa y el llanto. Pero hay algo nuevo en este libro, y en ello nos detendremos.

Veamos un ejemplo de prosa para darnos cuenta de cómo trabaja Manuel Rojas:

Tres días atrás, en esta misma habitación, su mujer ha muerto, no Virginia, que vive aún, separada de él hace varios años, sino otra, una con quien se casó, que le dio tres hijos y que ha muerto casi repentinamente. "¿Por qué", pregunta, a veces en alta voz y casi en contra de su voluntad. Si ella pudiera hablar, o, por lo menos, hacerle sentir que está en alguna parte, no definitivamente muerta, sino viva en cualquier forma, se sentiría menos afligido; pero no hay respuesta, ni siquiera en sí mismo, y de pronto el aire se llena con los compases del concierto para dos violines, de Bach, y Aniceto siente que su llanto no es ya un llanto: es un río de congoja que fluye en la oscuridad y en cuyas aguas parecen flotar la casa, sus tres hijos dormidos y el cuerpo de su mujer (*Mejor que el vino*, p. 135).

No es el más complicado, ni hay intercalaciones de personas, como en otros fragmentos, ni el pensamiento tantea, vacilando, antes de darse una respuesta; pero es muy característico por las mezclas de elementos heteróclitos a que nos veníamos refiriendo.

Están presentes allí todos los temas de la congoja y muchos de los otros que forman la novela: la viudez, los tres hijos, la premiosa inquietud que despierta la muerte de la esposa, la angustia que, como estela, deja la mujer que fallece, y en aquello se intercala el són de una música que viene a compaginar muy estrechamente en el cuadro. Obvio es decir que no todo en la novela se halla a la misma altura, y que algunas páginas son hartamente menos interesantes, y que hacia el final, especialmente, abundan escenas menos claras con las cuales se evocan lances carnales, furtivos, sin duda llamados a dejar huella menos profunda en el alma del narrador que la ida Virginia y la muerta María Luisa. Pero el fragmento que hemos aislado define el procedimiento y nos acerca a lo mejor que posee la obra: la confesión personal, íntima, de las sucesivas congojas que pueden visitar el alma del hombre.

Hay, dispersas en el libro, algunas notas de actitud social que cabe reseñar como muestra de la sensibilidad humana de Manuel Rojas, aplicada ya no sólo al personaje novelesco, que le despierta curiosidad, sino al vulgo innominado.

Siempre hay gente pobre, tuberculosis, niños que mueren de hambre, conventillo, tifus exantemático y tifus abdominal, o sea, piojos y mugre —exclama, pp. 14-15—; pero quien sabe si estas cosas y esos seres no tienen nada que ver con las otras, el cinematógrafo, el automóvil, los aeroplanos, la radiotelefonía, la guerra, los imperios y las repúblicas llamadas de trabajadores. Hay gente, claro está, que pelea por los pobres y contra la tuberculosis, la mortalidad infantil, los conventillos, los piojos y la mugre. La gente no descansa, ello, a pesar de que mucha está ya hecha, y si no descansa la gente tampoco descansa el mundo; siempre hay algunos que pelean, en apariencia inútilmente, aunque de pronto se salen con lo suyo, malo o bueno, pero salen. Otros mueren sin conseguir nada y muchos son asesinados. “¡Para qué te metes en eso!”, se oye gritar. Sí, ¿para qué te metes? Pero, también, ¿cómo no meterse?

De la vida que hubo de hacer, de mozo, entre los proletarios, ha sacado el autor grande animadversión contra la suciedad; fuera de lo que se ha visto, he aquí otra tirada:

¿Nunca has tenido sarna? ¡Qué lástima! Si eres patriota deberías tenerla alguna vez: es una enfermedad nacional. Todo el mundo, por lo demás, debería tenerla, aunque sólo fuera una vez, y en especial los gobernantes. Así sabrían lo que es bueno; hablarían menos de la patria y de su glorioso destino y se preocuparían más de ayudar al pueblo a librarse de la mugre (p. 35).

Y sigue una descripción de lo que es la sarna y lo que se sufre con ella, la cual constituye una de las notas típicas del estilo de esta obra, en ondas concéntricas, que van abarcando progresivamente el asunto, descripción que debemos omitir por ser demasiado extensa.

En *Mejor que el vino* hay algunos autobiográficos que cabría destacar si el espacio lo permitiera; a falta de ello, señalemos la presencia de un sujeto a quien el autor debe algo en su paso por la vida literaria. En las páginas 152 y siguientes, hay vivas e interesantes reminiscencias de Domingo Gómez Rojas (1896-1920), a quien el novelista presenta bajo el nombre de Daniel, que es el disfraz más transparente desde que aquel poeta usó efectivamente el seudónimo *Daniel Vásquez*.

Daniel —dice— era estudiante de leyes, curioso individuo, epicúreo por un lado, o aspirante a epicúreo —soñaba con exquisitas viandas, finas ropas, elegantes y hermosas mujeres— y amante de los miserables, por otro lado. La madre veía en él una especie de arcángel, y el padrastro, tan bondadoso como la madre, y de oficio mueblista, lo consideraba también un ser extraordinario, aunque no celestial, pues era un poco descreído (p. 152).

Daniel, es decir Domingo Gómez Rojas, y Aniceto, esto es, Manuel Rojas, cambian ideas sobre la composición literaria. El primero, avezado ya en el arte, guía la mano del otro para que se ponga a escribir:

—Mira, ¿cómo explicártelo? Supón que pasa una mujer de cabello muy rubio, alta, delgada, ondulante. La miras. ¿A qué se parece? Decides que se parece a un junco. Entonces, en vez de describir con minuciosidad su color, su estatura y sus movimientos, dices que es un junco y el lector entenderá de qué clase de mujer se trata. “Junco de invierno nacido en las aceras”, escribes, por ejemplo. ¿Te das cuenta? (p. 154).

Llevado de su afán humorístico, el autor comenta que Aniceto “días después... llenó de rosas, juncos, narcisos y otras flores, como magnolias y violetas, que podían servir para compararlas con una mujer o con partes de una mujer, varios dorsos de formularios de telegramas, pero al final, y como se le acabasen los nombres conocidos de flores y como, por otro lado, había partes de la mujer que no podía comparar con flor alguna que conociera, desistió”. La verdad es que desistió de ese ejercicio que le había enseñado Gómez Rojas, pero siguió haciendo poesía por su cuenta y a su modo, hasta el extremo de que se dieron a conocer versos suyos en la revista *Los Diez*, de Pedro Prado, en fecha tan remota como 1917, cuando el autor contaba sólo veintiún años de edad.

Aniceto Hevia, el personaje que en este libro ocupa el mayor número de páginas con su presencia, con el relato de algunas aventuras y aún con el mecanismo de la ideación que el autor procura ir desentrañando en él, es un ser esencialmente vulgar, a quien le ocurren todas las pequeñas cosas que forman la trama de la vida. Es, además, tímido en alto grado, y en materia amorosa, por lo menos, se le ve siempre empujado por alguien, buscado por las mujeres, deseado y asediado hasta el momento en que debe decidirse y se decide. Debido a esto, se le distingue, por lo general, en actitud pasiva, dando cuenta de los demás seres que le salen al encuentro en la vida y reproduciendo, con candor impagable, las conversaciones de los otros. Nunca más que en esta ocasión puede decirse de la novela que ella es, para Manuel Rojas, como para Stendhal, un espejo paseado a lo largo de un camino. El autor la entiende como una lámina que refleja la vida de los hombres, deteniéndose mucho en unos, dejando pasar, sin mayor pausa, a los otros, pero dando de todos alguna imagen clara o difusa, que basta para saciarnos el apetito de lo humano que debemos tener, por definición, cuantos leemos novelas. Desde este punto de vista, debe, ade-

más, señalarse como muy feliz la historieta intercalada de Afda, la prostituta, y su enamorado por el teléfono, Octavio, que terminan por conocerse y por formar una pareja satisfecha y bien avenida con su suerte. Es una miniatura de cortas páginas en el conjunto, pero está desarrollada con tanta ternura y contenida emoción, que no se la puede leer sin que esos mismos sentimientos afloren también, por simpatía, en el lector.

Hay en el *Cantar de los Cantares* una sentencia que se copia en este libro y que dice así: "¡Bésememe mi amado con los besos de su boca! Porque sus caricias son mejores que el vino". Queda en claro, pues, que el propósito del autor fue pintar en su novela algo de la vida amorosa, y acaso no tanto la inquietud de amar sin correspondencia como las plenas satisfacciones a que conduce la pasión carnal cuando es compartida en una pareja bien acomodada a la exigencia de lo erótico. Pero no nos equivoquemos. Se buscarán aquí en vano escenas de alcoba para complacencia de los curiosos, y ni se esbozan siquiera aquellas riesgosas exploraciones entre los abrazos y los suspiros que se cambian los enamorados, que suelen proliferar en algunas novelas. Después de haberse inspirado en aquellos versículos que dan para todo, inclusive para lo más salaz y provocativo, el autor imprime en sus páginas lo propio de su temperamento: la reserva, cierta contención sobre las cosas propias, sobre todo en la esfera pasional, que conocemos y saludamos cuantos somos sus amigos. Todo esto en el supuesto, no totalmente improbable, de que algunos de los lectores de *Mejor que el vino* supongan que tras Aniceto Hevia se disimula o esconde algún aspecto psicológico de Manuel Rojas.

Una palabra final sobre el autor. Manuel Rojas nació en Buenos Aires, pero como es hijo de padres chilenos, queda como chileno legal para todos los efectos. Además, su literatura es en todo característica de Chile tanto por sus temas como por el ambiente físico en que discurren sus personajes. Valparaíso está evocado en *Lanchas en la bahía*; el campo chileno en *El bonete maulino*; una frágil novela suya de aventuras, *La ciudad de los Césares*, tiene como tema el mito de una hipotética fundación en las tierras australes de Chile; algunos de sus cuentos fueron inspirados por la vida de los bandidos, pero estos bandidos son chilenos y no calabreses. En *Hijo de ladrón* hay escenas bonaerenses, y mendocinas en *Mejor que el vino*; pero todas ellas proceden de la experiencia vital del propio autor, que ha vuelto, de grande, a la República Argentina, y que en edad tan temprana como los dieciséis años trabajaba en las obras de defensa del ferrocarril transandino que corre entre aquella república y la de Chile...

Hijo de ladrón obtuvo a raíz de su publicación un extraordinario éxito tanto en Chile como en naciones extranjeras. Aquí, fuera de ser leída la novela al través de varias ediciones, se otorgó al autor el Premio Nacional de Literatura, con el cual se coronaban cuarenta años de labor en las letras. En las naciones extranjeras, en fin, el libro fue traducido al inglés, alemán, italiano y yugoslavo. Es de esperar que *Mejor que el vino* consolide esta excelente acogida y sirva para abrir con el nombre de Manuel Rojas un surco de respeto a la literatura chilena, de que ésta, por cierto, se halla muy necesitada.

RAÚL SILVA CASTRO



Islas en la ciudad, por MARÍA ELENA GERTNER
Edic. del Nuevo Extremo. Santiago, 1958

¿HAY ALGO ALEGÓRICO en el título de esta obra? Tal vez sí. Islas en la ciudad son las vidas de unos cuantos personajes sobre los cuales proyecta la atención el autor de una novela, para mostrarlos en la desnudez de sus instintos y viviendo desatadamente. Por lo menos así ocurre en este libro. Los seres viven muy a sus anchas, dominados por pasiones y reflejos circunstanciales.

Pero cuando se dice que viven desatadamente, más se alude al ritmo impreso a la novela por el artista que a otra cosa. La verdad es que María Elena Gertner posee, como novelista, un ritmo sumamente rápido para contar, no se detiene, salta de tema en tema, y va ofreciendo de cada vida sólo la porción que le resulta indispensable para lograr la trabazón. Los personajes que pueblan su libro son muchos, varias son las acciones, y sin embargo el libro conserva la unidad y, sobre todo, se lee con vivo interés.

Hay quienes creen que hay algo de inverosímil en el hecho de que una colegiala se introduzca en el auto de un sujeto maduro y le diga, de buenas a primeras, que desea ser su amante. Seguramente lo es. María Elena Gertner, en este caso, estaría pagando tributo a una moda literaria, la cual aconseja atribuir a las más tiernas jovencitas los impulsos, las decisiones, las resoluciones enérgicas, que habitualmente se conceden a los seres maduros. A cambio de esta caída en lo convencional de la moda, ¡cuánta riqueza de intuición psicológica hay en este libro! Decíamos hace un instante que posee un ritmo sumamente rápido. Añadamos que tal vez debido a ello, al